

Selva artificial o cómo desenfocar el lente

NICOLÁS GARAYALDE*

Quizás uno de los atributos de nuestro tiempo sea la propensión al olvido. Pero no debería sorprendernos, pues uno de los avatares del olvido es el hábito. Y el hábito es proporcional a la velocidad del cambio. Cuanto mayor el cambio, tanto más veloz el hábito, porque nuestra capacidad adaptativa es inconmensurable. Esto sucede en todos los ámbitos de nuestra cotidianeidad: con las tragedias sociales que nos rodean a diario, con las maravillas de nuestra cultura tecnificada, con el lenguaje que usamos para hablar. El problema del hábito es la naturalización: cuando dejamos de prestar atención a los elementos que tejen nuestra cultura, nos olvidamos que son el producto de una historia y caemos en la ingenua concepción de que están allí por naturaleza. En otras palabras: dejamos de cuestionarlas y sucumbimos a una suerte de pasividad apática. No es casual, por ello, que el impacto de la sobreenformación de los grandes medios de comunicación haya llevado a Paul Lazarsfeld y Robert Merton (2004) a acuñar el concepto de *disfunción narcotizante* para describir, precisamente, la apatía de los receptores ante la exuberancia mediática que naturaliza los problemas sociales. No es casual, tampoco, que los formalistas rusos de principios del siglo XX hayan insistido en que los procedimientos característicos de la literatura son la singularización y la desautomatización; es decir, la capacidad de hacerlos ver las cosas que hemos naturalizado (y automatizado) como si las viésemos por primera vez: *“para sentir los objetos, para percibir que la piedra es piedra –decía Shklovski– existe eso que se llama arte”* (1978: 60).

Todos los días usamos la lengua sin asombrarnos de su sofisticación; apenas la notamos cuando falla (y sus equívocos nos generan gracia o desconcierto) o cuando es poética (y su forma nos fascina). El resto del tiempo simplemente hablamos y la lengua nos atraviesa con tanta naturalidad que pareciera provenir de la cadena helicoidal que codifica nuestro ADN. Sin embargo, un hablante siempre dice más de lo que cree decir, porque olvida que la lengua no es una simple descripción del mundo. Basta mirar las metáforas para advertirlo, porque atestiguan la manera en que naturalizamos la lengua. Las metáforas impregnan nuestra vida cotidiana (Lakoff y Johnson, 1980). Cuando discutimos, las usamos constantemente: decimos que las críticas de tal *dieron en el blanco* o que *destruyeron* los argumentos de cual. Cuando estas metáforas se naturalizan, corren un peligro certero: trasladan una manera de ver el mundo sin que lo

Recibido el 10 noviembre 2020 | Aceptado el 15 noviembre 2020

Reseñas Libros



Sandrone, Darío
Selva artificial. La vida entre las máquinas.
Córdoba: UNC, 2019, 290 pp.

133

DOSSIER / ENTREVISTA / ARTÍCULOS / RESEÑAS

advirtamos. Se pierde así una de sus virtudes más interesantes: llamar nuestra atención y, con ello, pensar. Cuando conserva esta virtud, la metáfora pone en conjunción dos elementos provenientes de ámbitos diferentes que entran en conflicto y nos obliga a imaginar un sentido nuevo (Ricoeur, 1976). Es lo que sucede con el título del reciente libro del filósofo Darío Sandrone, *Selva artificial*, recopilación de ensayos breves sobre tecnología publicados en medios gráficos como *Hoy Día Córdoba* o *La voz del interior*. Y la metáfora no es casual: ¿qué mejor lugar para batallar contra el olvido y la naturalización de las cosas que la arena retórica en la que se entrama el modo de ver el mundo?

¿Hay algo, para nuestro imaginario, más natural que la selva? ¿Cómo una selva puede ser artificial? Entre las múltiples maneras de dar sentido a esta metáfora, hay dos que quisiera recuperar, pues en ellas se cifra, a mi parecer, el gesto que atraviesa el libro de Sandrone y lo vuelve imprescindible.

Por un lado, entendemos allí que la naturaleza de nuestro mundo –el que está habitado por máquinas que comparten nuestra cotidianeidad– es artificial. Porque nuestra naturaleza, lo que somos, por paradójico que parezca, es el mundo de artificios en el que nos hemos construido. Por otro lado, la metáfora indica que olvidamos el carácter del artefacto, naturalizando lo creado como si fuese dado. Simplemente olvidamos que esta selva que nos parece tan natural no es otra cosa que una construcción artificial atravesada por las relaciones sociales que regulan nuestro modo de vivir en comunidad. Como sucede con algunas metáforas, las máquinas y artefactos que nos rodean se vuelven imperceptibles y moldean la realidad sin que lo notemos. Solo que aquí el proceso de invisibilización tiene una compleja y curiosa lógica que los breves y entretenidos ensayos de Sandrone descubren con la habilidad del mago: los aparatos que viven con nosotros se vuelven imperceptibles porque son transparentes y opacos a la vez. Transparentes, porque, a pesar de su sofisticación, nos habituamos tanto a ellos que pronto dejan de atraernos; opacos, porque, en el incesante proceso de complejización histórica que regula sus mecanismos, sus entrañas han devenido misteriosas para el hombre común. ¿Quién, entre los simples mortales, sabe cómo funciona un chip, dónde se almacenan los datos en Internet o cómo procesa la información una computadora?

El asunto no es menor, porque estos objetos no son simples compañeros de viaje. La dimensión artificial del mundo es el conjunto de cosas que existen porque los seres humanos existieron primero. Pero a esta altura del partido, como el propio autor lo aclara, los humanos tal como son existen porque antes existieron el conjunto de cosas que pertenecen a la dimensión artificial del mundo. Pensar la tecnología es interrogar todo aquello que define nuestro modo de vivir en esta selva artificial, desde el Estado hasta el deseo, desde la cultura hasta la identidad: ¿piensan las máquinas?; ¿tienen voluntad?; ¿tienen derechos?; ¿pueden amar?; ¿podemos amarlas?; ¿pueden enfrentarnos?; ¿las controlamos o nos controlan?; ¿pueden volver el mundo más justo?; ¿quiénes acceden a su funcionamiento y cómo nos afecta?; ¿quién administra los datos que subimos a Internet y para qué? La apuesta, por supuesto, es también política: pensar la opacidad del artefacto supone a su vez pensar la opacidad de las relaciones sociales que tejen sus condiciones de producción y consumo, los pliegues que ocultan “*las horas empleadas por el artesano que lo fabricó*” (pág. 207).

Sin dejar de reconocer el valor de la divulgación, admito mirarla con cierta sospecha. Porque en nombre de una democratización del saber, se convierte con frecuencia en

su domesticación. Por eso prefiero decir que *Selva artificial* es, más bien, un libro de ensayos breves atravesado por un renovado espíritu enciclopedista y un insistente gesto crítico. No es casual que la *Encyclopédie* de Diderot aparezca con frecuencia en el libro, pues se percibe en su estilo ágil y ameno una voluntad de acercarnos, usuarios incautos, un pensar sobre la tecnología. No es casual, tampoco, que el apéndice del libro contenga un texto titulado “Una metáfora del olvido”, porque cada breve ensayo nos recuerda insistentemente que la transparencia o la opacidad de la tecnología la vuelven invisible y que las consecuencias sobre nuestra existencia ameritan una mirada atenta que desnaturalice el escenario artificial en el que discurre la vida. No es casual, finalmente, que los ensayos de Sandrone sean más interrogativos que asertivos. *Selva artificial*, mediante un estilo adecuadamente calibrado en humor, conjuga una operación dual: recordar e interrogar.

Quizás nada defina mejor este doble gesto que otra metáfora sugerida por el autor para describir su libro: “una *accidentada fotografía –algo desenfocada– de esa selva artificial*” (pág. 19). Empleando el registro de su propio objeto, Sandrone ejecuta una bella ironía al mirar la tecnología a través de su mal uso. Anatole France (1924) lamentaba no poder salir de la prisión perceptiva en la que nos encontramos y anhelaba mirar el mundo con los ojos facetados de una mosca. También en Sandrone se reconoce la imposibilidad de observar la selva artificial sin estar ya en ella, acechados por el hábito y sus hechizos. Por ello, como en los lapsus que revelan súbitamente algo de nosotros mismos, es en el accidente de una escritura metafórica desde donde se nos propone interrogar la cultura tecnificada: las máquinas tienen cuerpo, la tecnología sistema nervioso, óseo y muscular; los cuerpos son máquinas con engranajes, procesadores y prótesis. La metáfora trastoca los límites, fascina y desnaturaliza. Para “*mirar la tecnología con ojos extraños*” (pág. 219), Sandrone desenfoca el lente mediante un trabajo de pensamiento y escritura que supone una apuesta política en el sentido en que lo hacía el formalismo ruso, es decir, una política del extrañamiento y la desautomatización:

“*es necesario –dice Sandrone– encontrar nuevas formas de contar la tecnología, nuevos modos de escritura y de narración que rompan el hechizo de lo obvio. Tal vez, la única forma en que podamos ver que estamos mojados, es cayendo en la cuenta de que el agua es extraña y la pecera también*” (pág. 222).

Bibliografía

- France, A. (1924) *La vie littéraire*. Vol. I. Paris: Calmann-Lévy.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (1980) *Metaphors We Live By*. Chicago: University of Chicago Press.
- Lazarsfeld, P. F. y Merton, R. K. (2004) “Mass Communication, Popular Taste, and Organized Social Action”, en Peters, J. D. y Simonson, P. (comps.) *Mass Communication and American Social Thought: Key Texts, 1919–1968*. Lanham: Rowman & Littlefield, pp. 230-241.

- Ricoeur, P. (1976) "La imaginación en el discurso y en la acción", en Ricoeur, P. *Hermenéutica y Acción. De la Hermenéutica del Texto a la Hermenéutica de la Acción*. Buenos Aires: UCA, pp. 101-120.
- Shklovski, V. (1978) "El arte como artificio", en Todorov, T. (comp.) *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. México: Siglo XXI, pp. 55-79.



Licenciado y Doctor en Letras, Universidad Nacional de Córdoba; Profesor Asistente de Teoría Literaria, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Córdoba; Investigador Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina; Investigador Asociado del Centre de Recherche Interdisciplinaire sur les Modèles Esthétiques et Littéraires, Université de Reims, Francia. E-mail: negarayalde@gmail.com